

Entre este desarrollo casi todo anónimo o seudónimo, de estas figuras que parecen formar parte de un mundo intangible, de escritos cortos, en los que sólo se ve la idea y desaparece completamente el autor, resalta la personalidad de un escritor mezclado con la vida de su tiempo, gran parte de cuyas obras han llegado a nosotros. Filón pertenecía a una de las principales familias de Alejandría. Su hermano Alejandro Lisímaco desempeñaba el cargo de arabarca, y era prodigiosamente rico. En su relación con los romanos y con Herodes casi representa el papel de *rex*, prestándoles servicios de dinero, administrando su fortuna, haciéndoles enormes préstamos. Uno de sus hijos se casó con la célebre Berenice. Otro fue aquel Tiberio Alejandro, que hizo papel tan importante en la política romana del primer siglo de nuestra Era.

Filón era muy rico, y aproximadamente el año 40 de nuestra Era fue enviado a Calígula por asuntos de la sinagoga de Alejandría. Entonces era viejo, lo cual hace suponer que nació quince o veinte años antes de J.C. Durante la juventud de Jesús debió de escribir los innumerables libros en que se estudiaba el judaísmo de una manera tan original. ¡Lástima que en sus últimos escritos no consagrarse algunas reflexiones a lo que ocurría en Galilea! Realmente, el primer embrión del cristianismo fue tan poca cosa para Filón, que quizá no viera ni oyera nunca nada de lo relacionado con él.

La erudición griega de Filón era muy considerable. Sin duda conocía cuanto entonces se sabía en Alejandría. Leía muchos escritos que luego se han perdido. Ningún otro judío conoció tan perfectamente a la cultura griega. Su estilo era el griego clásico, no aquel estilo lleno de hebraísmos e imitado de los Setenta, que empleaban los judíos. Su erudición hebraica era, en cambio, muy escasa. Apenas sabía el hebreo. Trabajaba en la traducción griega del Pentateuco y los Profetas.

Tanto la naturaleza de Filón como su educación eran excelentes. Era de agudo ingenio y hermoso carácter, honrado, liberal, amante de sus compatriotas y de todo el género humano. Las sutilezas de sus explicaciones alegóricas eran obligadas por las exigencias de su apologética. Carecían de filología y de crítica, pero nadie le era superior en eso entonces en el mundo judío, y puesto que Jesús no hablaba todavía, nadie le superaba tampoco en bondad, calor de alma y corazón.

Lo que diferenció esencialmente a Filón de sus correligionarios y hasta de Josefo, fue que aquella cultura griega, que tanto poseía, la amaba y admiraba en el fondo de su corazón. No sentía la envidia que caracterizaba el falso Aristóbulo, ni el odio sombrío que llenaba el corazón de Taciano. San Justino fue el único que llegó a esta alta simpatía. Filón prefiere a los filósofos y ve en ellos la flor del genio griego. Sentía un auténtico culto por Platón: le llamaba «Santísimo». No estaba afiliado a ninguna secta; era ecléctico a la manera de Cicerón, alternativamente platónico, estoico y pitagórico. En realidad era helénico. Veía la luz en aquel gran sol de verdad que Grecia había creado y en que toda razón tiene su foco de origen y su centro de irradiación.

¿Por qué motivo siguió siendo judío? Bastante difícil sería contestar a

esta pregunta si no fuera notorio que en estas cuestiones de religión material el corazón tiene sofismas conmovedores para conciliar cosas no relacionadas entre sí. A Platón le gustaba ilustrar sus filosofemas con los mitos más graciosos del genio griego. Proclo y Malebranche se creían dentro de la religión de sus padres; aquél haciendo himnos filosóficos a Venus, éste diciendo misa. La contradicción en semejante materia es acto pío. Antes que renunciar a creencias queridas se admiten todas las identificaciones falsas. La historia humana está llena de esos contrasentidos piadosos. Lo que hacía Filón hace mil novecientos años lo realizaban ahora muchos espíritus honrados, dominados por la voluntad de no abdicar de unas creencias que se les presentan con carácter general. Se hacen los juegos de prestidigitación más peligrosos para conciliar la razón y la fe. Después de haber negado obstinadamente los resultados de la ciencia, cuando la evidencia vence, se da la vuelta y se dice: «Eso ya lo sabíamos antes que vosotros.»

El intento desesperado de Filón fue encontrar la filosofía griega en Babilonia, y demostrar que los hermosos descubrimientos de Grecia los había hecho el genio hebreo mil años antes. Moisés fue no sólo el mejor de los legisladores, sino también el primero de los filósofos. A un tiempo griego y judío, Filón quiere ganar a los judíos para el helenismo y a los griegos para el judaísmo. Así se acomodan su sinceridad de helenista y su vanidad de judío. ¿Cómo llevó a cabo esta tarea imposible? Naturalmente con sutilezas. El sistema de los sentidos ocultos, de la alegoría, que casi siempre es el desquite de la conciencia libre, oprimida por el texto revelado, lo llevó al colmo de lo arbitrario. El pensamiento verdadero del autor sagrado se considera cosa indiferente. El texto es materia para divagaciones. Persuadido de que el libro sagrado contiene las verdades más altas, Filón, detrás del sentido literal (lado sensible), ve siempre el sentido espiritual (lado inteligible). El paraíso es la sabiduría de Dios, los cuatro ríos son las cuatro virtudes derivadas de aquella sabiduría. El altar y el tabernáculo significan los objetos invisibles e inteligibles de la contemplación, etc., etc..

Si Filón no tuviera más que eso, su lugar estaría en la historia de la locura y no en la de la exégesis. Pero tuvo más en realidad. El corazón de Filón valía más que su ingenio. El amor al bien se desbordaba en él. Su judaísmo era abierto y universalista. Su lenguaje filosófico era abundante y sonoro. Fue el primero en decir palabras admirables, a la vez griegas y judías, que expresaban cosas hermosísimas y que han quedado en la tradición religiosa de la humanidad.

Filón nos da, en efecto, el primer ejemplo del esfuerzo que se intentará con frecuencia para reducir el judaísmo a una especie de religión natural o deísmo, atenuando lo relacionado con la revelación y presentando las prescripciones más particulares de la *Thora* como simples preceptos de razón natural o higiene bien entendida. En semejante manera de presentar las cosas no se niega la revelación, pero se la oculta. Se achica la píldora para que se pueda tragar mejor. Ningún espíritu científico se deja engañar por esos sofismas, pero las tesis híbridas tienen frecuentemente alguna seducción para los letrados.